EL PROBLEMA DEL «MAS ALLA» EN LA POESIA NAHUATL

POR
ALICIA N. LAHOURCADE

I. INTRODUCCION

El azteca es un mundo rígidamente organizado; cada uno sabe, de acuerdo a su jerarquía o posición social, qué papel le corresponde desempeñar en la comunidad, cómo debe ser su casa, qué ropas o adornos debe llevar, y sabe, estrictamente, cuál es el campo de sus actividades y obligaciones.

Pero hay algo fundamental: ningún tipo de tarea o actividad se desarrolla en el plano profano, porque la vida azteca está absolutamente penetrada por la fe religiosa; por eso dice Paul Westhein en su magistral libro sobre las *Ideas fundamentales del Arte Prehispánico en México:*

> En el México Antiguo, que basa su concepción del mundo, su ideario y su pensamiento en el principio del dualismo, falta, sin embargo, el dualismo entre la vida y la fe. El mito no es un dominio al margen de la vida, no es la satisfacción de necesidades metafísicas, posterior o simultánea a la satisfacción de las necesidades materiales: abarca la totalidad de la vida, tanto la religiosa como la profana, que de todos modos está religiosamente determinada. Cualquier empresa, sea su índole la que fuere, sólo tiene sentido, sólo puede tener éxito si se realiza en consonancia con la voluntad de los dioses y con su ayuda...
>
> La fe es fe colectiva y obligación colectiva. El que quisiera sustraerse a esta obligación (cosa increíble), no sólo sería un pecador impío, maldito, condenado a las penas del infierno, sino un elemento asocial, nocivo, que pondría en peligro la supervivencia de la comunidad. La religión no es superestructura metafísica por encima de una vida profana y civil. Vida privada, vida que no está al servicio de los dioses, no existe, o, por lo menos, no cuenta.

Relacionando estas dos características: 1) que el azteca, como todo pueblo constructor de imperios, tendía a las estructuras rígidas en todos los órdenes de la vida, y

2) que la actividad, de cualquier tipo que sea, está al servicio de los dioses, o tiene un sentido religioso, podría deducirse que tenía un

sistema de creencias claro y conciso, del que el hombre no podría apartarse sin condenarse «a las penas del infierno», aunque los aztecas no creían en un infierno, considerado como lugar de penas y tormentos; además, el que osara apartarse de esas creencias estaría básicamente fuera de la comunidad, y sería un elemento nocivo para ella.

Esto es lo que lógicamente tendría que haber sucedido, pero lo cierto es que la poesía náhuatl muestra una acusada ruptura entre la vida y la fe, y pone de manifiesto hasta qué punto la mente azteca se apartaba de los esquemas establecidos, y buscaba, a veces dolorosamente, una respuesta a sus interrogantes vitales.

Como es lógico, la ruptura se da en uno de los puntos más candentes y obsesionantes para el hombre de todas las culturas y de todas las épocas: la supervivencia después de la muerte. Para poder medir la magnitud de este distanciamiento entre la fe tradicional y la duda, hay que proceder por contraste: revisando primero lo que las fuentes dan como sistema «oficial» (si es lícito usar esta expresión) de creencias respecto al más allá y buscando luego en los textos poéticos la incertidumbre y los interrogantes que se plantearon los nahuas.

II. LAS CREENCIAS EN EL «MAS ALLA», SEGUN LAS FUENTES

Para comprender todo el sistema de creencias nahuas en el «más allá» conviene destacar, antes que nada, que su concepción difiere fundamentalmente de la cristiana; el nahua vive de acuerdo a estrictos cánones éticos, se sacrifica y llega a la inmolación, no para «ganarse» una eternidad feliz, pues eso está fuera de sus manos, sino para mantener el orden cósmico; para él no tiene sentido la salvación del alma individual, ni podría lograrla, ya que la divinidad, desde que crea el alma en el Omeyocan y determina el nacimiento de cada hombre, fija su destino hasta la muerte, incluso el género de muerte, y ésta a su vez fija el lugar que le espera, de modo que hasta el destino en el más allá es decisión de los dioses.

En general se nota una absoluta confianza en la vida después de la muerte, se piensa que la existencia continúa, bajo otras condiciones o «de algún modo», pero continúa; así lo prueban no sólo los textos, sino las ceremonias mortuorias, con su variedad de detalles, y hasta la inmolación de esclavos para que sirvan a su señor «en la otra vida»; incluso la poesía proclama que vivimos aquí «solamente por breve tiempo» y «no es nuestra casa definitiva la tierra»:

POEMA I *

No vivimos en nuestra casa
aquí en la tierra.
Así solamente por breve tiempo
la tomamos en préstamo.
¡Adornaos, príncipes!
Solamente aquí
nuestro corazón se alegra;
por breve tiempo, amigos, estamos prestados unos a otros.
No es nuestra casa definitiva la tierra:
he aquí estas flores:
¡Adornaos, príncipes!

(«Poesía Náhuatl», de Garibay, p. 36.)

Es evidente, entonces, que se cree en la supervivencia, pero la cuestión es: ¿a dónde van las almas de los que mueren?... y aquí entra a jugar otro concepto nahua: lo que Alfonso Caso llama una «muerte de clase», porque lo que determina el lugar del alma después de la muerte no es la conducta en esta vida, sino principalmente el género de muerte y la ocupación que en vida tuvo el difunto.

Analizaremos brevemente las cuatro posibilidades.

1. La casa del sol

En el apéndice del Libro III de su «Relación de las cosas de la Nueva España», Sahagún pasa revista a los posibles destinos del alma, y dice respecto a los que van al «cielo»:

> Los que se van al cielo son los que mataban en la guerra, y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos: unos morían acuchillados, otros quemados vivos, otros acañaverados, otros aporreados con palos de pino, otros peleando con ellos, otros atábanles telas por todo el cuerpo y ponían les fuego, y así se quemaban. Todos estos que están en un llano y que a la hora que sale el sol, alzaban voces y daban gritos golpeando las rodelas; y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira al sol, y el que no tiene rodela horadada de saetas no puede mirar al sol. Y en el cielo hay arboleda y bosques de diversos árboles; y las ofrendas que le daban en este mundo los vivos iba a su presencia y allí las recibían; y después de cuatro años pasados, las ánimas de estos difuntos se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo los zinzones lo hacen.

* Las poesías se irán numerando correlativamente, según aparezcan en el texto, a fin de facilitar su análisis.

En el libro II agrega al respecto:

> Dijeron los viejos que el Sol los llama para sí, y para que vivan con él, allá en el cielo, para que le regocijen y canten en su presencia y le hagan placer; éstos están en continuos placeres con el Sol, viven en continuos deleites, gustan y chupan el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas, jamás sienten tristeza, ni dolor, ni disgusto, porque viven en la Casa del Sol, donde hay riquezas de deleites; y éstos que de esta manera mueren en las guerras, son muy honrados acá en el mundo, y esta manera de muerte es deseada de muchos, y muchos tienen envidia a los que así mueren, y por esto todos desean esta muerte, porque los que así mueren son muy alabados.

De modo, que morir en la guerra o en la piedra de los sacrificios es un destino privilegiado; aquellos que lo alcanzan, pasan a formar parte del séquito de Huitzilopochtli en el Tonatiuhichan, la «acas del sol», «el paraíso oriental», donde las almas viven en constante placer con el sol; obsérvese que se sigue respetando la jerarquía: pues sólo aquellos que tienen su rodela horadada por saetas, sólo aquellos que mucho han combatido verán al sol; obsérvese también que son equiparados los guerreros aztecas y los guerreros enemigos sacrificados, porque en suma su misión es la misma: alimentar a los dioses; por algo en los códices el sacrificado se designa siempre con el glifo chalchihuitl, «la piedra preciosa»; además son protegidos por Teoyaomiqui, que es justamente «el dios de los enemigos muertos».

Veamos cómo canta la poesía la gloria y la dicha de los que serán «hermoso y rico cerco de plumas de quetzal» y «flores del escudo que resplandece»:

POEMA 2

Cual nenúfar al viento gira el escudo,
cual humo el polvo sube,
el silbo de las manos repercute,
aquí en México Tenochtitlan.
Es la casa de los escudos,
es la casa de las batallas:
se extiende el estrado del Aguila,
es el sitio del solio del Tigre:
ellos llevan el peso de la guerra.
Se toca la flauta para el combate:
son las flores del escudo que resplandece (el sol).
¡Nunca, nunca por cierto ha de acabar!

(En «La Literatura de los Aztecas», de Garibay, p. 58.)

POEMA 3

Ofrezco, ofrezco florido cacao:
¡Sea yo enviado a la Casa del Sol!
Es hermoso y muy rico el cerco de las plumas de quetzal:
¡conozca yo la Casa del Sol, vaya yo allá!
Oh, nadie capta en su alma la flor que bella embriaga;
esparzo flores de cacao, están dando fragancia en el agua de Huextzinco.
Cada vez que el sol sube a esta montaña,
llora mi corazón y se entristece:
¡Ojalá fuera flor mi corazón, pintada estuviera de bellos colores!
¡Sobre las flores canta el Rey de los que vuelven!
Haya embriaguez florida: celébrese la fiesta, oh, príncipes;
haya precioso baile: ésta es la casa de nuestro Padre el Sol.

(En «Historia de la Literatura Náhuatl», de Garibay)

POEMA 4

Esmeraldas,
turquesas,
son tu greda y tu pluma,
¡oh, por quien todo vive!
Ya se sienten felices
los príncipes,
con florida muerte a filo de obsidiana,
con la muerte en la guerra.

(En «Poesía Náhuatl», p. 101)

En estos poemas se pone de manifiesto la gloria, el orgullo de una casta de guerreros, porque no cualquiera puede aspirar a una vida de deleites en el séquito del Sol; ese destino estará reservado sólo a Aguilas y Tigres, príncipes y reyes, que, expresado con gran belleza, son «sus guirnaldas», «su casa de primavera»:

POEMA 5

¡El Tamoanchan de las Aguilas,
la Casa de la Noche de los Tigres,
(está) en Huexotzinco!
Es allí el sitio de la muerte,
del Merecedor,
de ese Tlacahuepan.
¡Totalmente se deleita allí
el gremio de los príncipes (que son) sus guirnaldas,
el grupo de los reyes (que son) su casa de primavera!

(En «Poesía Náhuatl», de Garibay, p. 1)

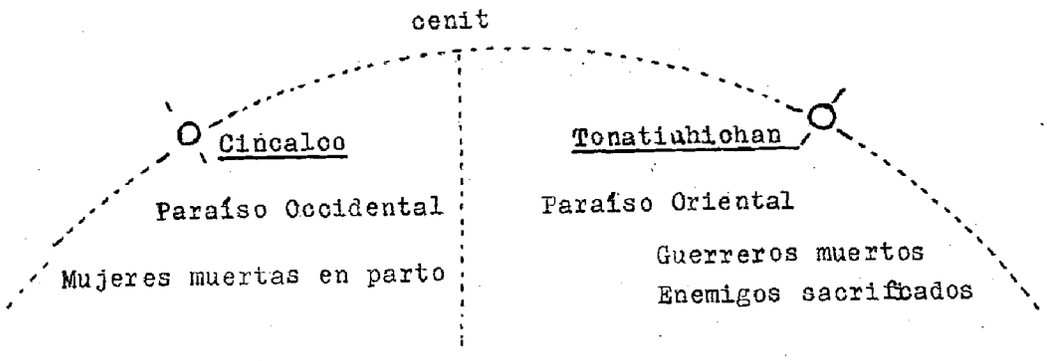
Lo curioso es que esta vida de deleites es bien breve, sólo dura cuatro años, y luego las almas «se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo, así como los zinzones lo hacen».... En realidad, parece un destino bastante mísero, tratándose de la muerte considerada más gloriosa, y uno se pregunta si realmente colmaba las aspiraciones de la alta clase.

Ahora bien: no sólo los guerreros gozaban el privilegio de acompañar al Sol: también lo hacían las mujeres muertas en parto, que vivían en el «Paraíso Occidental», el Cincalco, la «casa del maíz»:

> Por esto el occidente, además de ser la «casa del Sol», era también para los nahuas Cihuatlampa, «hacia el rumbo de las mujeres»; la región de la tarde, desde donde salían al encuentro del Sol las que habían muerto de parto, las llamadas también «mujeres divinas» (cihuateteo). Los guerreros, en cambio, acompañaban al Sol desde su salida hasta el «cenit», dice León-Portilla en «Filosofía Náhualt».

Reduciendo todo esto a un esquema, sería:

LA CASA DEL SOL



Las cihuateteo solían bajar a la tierra como fantasmas nocturnos, y de mal agüero, especialmente para mujeres y niños; antes de convertirse en «mujeres-diosas» tenían gran poder mágico; por eso los guerreros trataban de apoderarse de su brazo derecho que los tornaría invencibles en el combate; esto obligaba a los hombres del clan a montar guardia hasta el momento del entierro, para impedir la mutilación del cadáver.

2. El Tlalócan

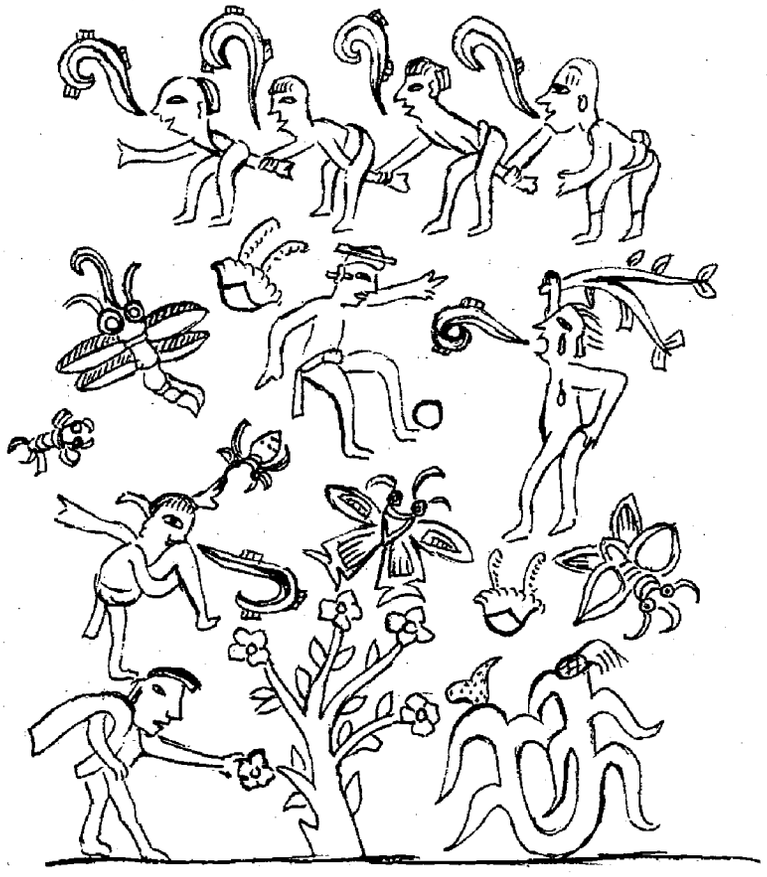
En el sur, lugar de la fertilidad, se suponía situado el paraíso de Tláloc, al que van todos los que mueren ahogados, o por el rayo, «los leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos», dice Sahagún, y

«otros males de pudrición y materia», agrega Juan Bautista de Pomar en su «Relación» (figura como apéndice al tomo I de «Poesía Náhuatl», de Garibay).

El Tlalócan es un lugar

> en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna; nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, y calabazas, y ramitas de bledos, y ajé verde, y jitomates, y fríjoles verdes en vaina, y flores; y allí viven unos dioses que se llaman Tlaloques, los cuales se parecen a los ministros de los ídolos que traen los cabellos largos...
>
> Y así decían que en el paraíso terrenal, que se llamaba Tlalócan, había siempre jamás verdura y verano.

Las magníficas pinturas rurales descubiertas no hace mucho en Testihuacán demuestran que la denominación de «paraíso terrenal» dada por Sahagún al Tlalócan, se justifica plenamente, porque allí aparece el hombre en una especie de estado de inocencia, desnudo, gozando de la frescura y el agua, en un Edén poblado de pájaros y mariposas, o sentado plácidamente bajo los árboles cargados de frutos que rodean los ríos del paraíso; el conjunto es una gigantesca oda a Tláloc, que aparece entronizado por encima de su paraíso, y a quien debe el hombre la abundancia en la tierra y la bienaventurada existencia en



Una escena del Tlalócan, según el fresco teotihuacano

el Tlalócan; muchas figuras aparecen con las volutas del habla saliendo de sus bocas; quizá entonan un himno de gracias y alabanza al dador de tantos bienes.

Lo que no aclaran las fuentes es si la permanencia en el Tlalócan es eterna, o tenía un plazo, como en el caso de los que iban al paraíso del Sol; lo cierto es que «haber sido elegido» por Tláloc se considera una bendición.

Otro hecho destacable es que a estos «elegidos» de Tláloc:

> ... no los quemaban, sino enterraban los cuerpos de dichos enfermos, y les ponían semillas de bledos en las quijadas, sobre el rostro; y más, ponían les color de azul en la frente, con papeles cortados; y más, en el colodrillo ponían les otros papeles, y los vestían con papeles, y en la mano una vara. (Sahagún, apéndice I, libro III de la «Relación»...).

En la poesía no hay referencias al Tlalócan, quizá porque el género de muerte que lleve a él no es el más apreciado ni el más común para la clase de los príncipes poetas.

3. El Mictlan

Los que no habían sido elegidos por el Sol o por Tláloc, y

> morían de enfermedad, ahora fuesen señores o príncipes, o gente baja (Sahagún),

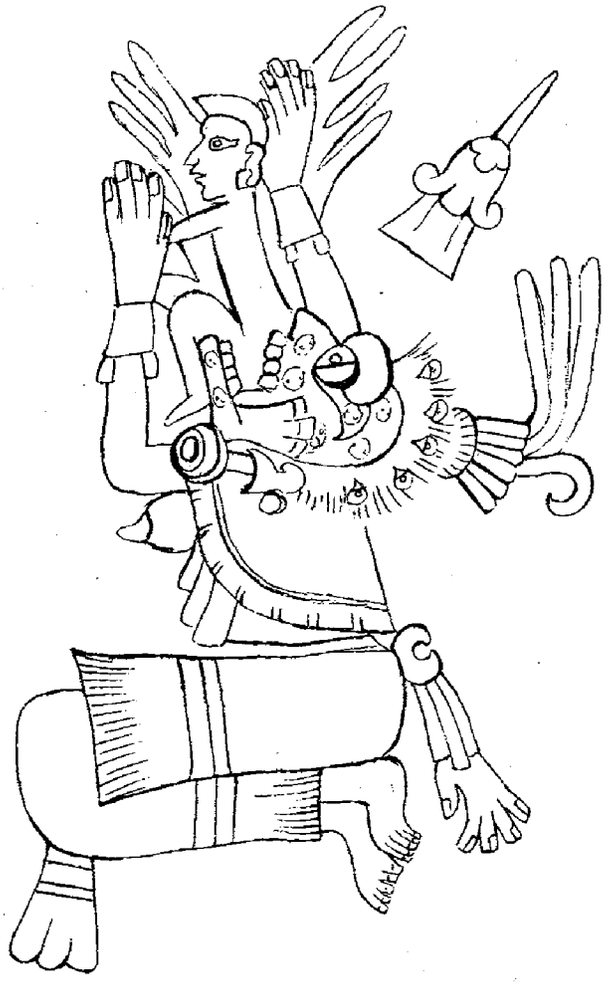
iban simplemente al infierno, donde reinaban Mictlantecuhtli y Mictecacihuatl, «El Señor y la Señora del Reino de los Muertos».

En realidad, estos dioses reinaban sobre el Chicnauhmictlan, el noveno y más profundo de los infiernos; en los ocho restantes reinaban otras parejas, siempre dios y diosa, de los cuales no se han conservado todos los nombres.

El alma que va al Mictlan debe realizar un largo viaje y padecer una serie de pruebas mágicas: la primera es atravesar un caudaloso río, el Chignahuapan; precisamente para facilitar el cruce del río se enterraba junto con el difunto un perro de color leonado, o al menos una figulina representándolo. El alma debe pasar después entre dos montañas que se juntan, luego por una montaña de obsidiana, después por donde corre un viento helado y cortante como navajas de obsidiana, por donde flotan las banderas, por un lugar en que flochan, entre fieras que devoran corazones y por último entre estrechos lugares entre piedras.

Recién descansa al llegar al Chicnauhmictlan, donde, según Sahagún, «se acababan y perecían los difuntos».

Todas estas pruebas duraban cuatro años, durante los cuales, se realizaban una serie de ceremonias fúnebres; veamos en qué consis-



Mictecacihuatl (Féjérvary-Mayer, 28)

Los nueve «Infiernos» (Vaticano A)

tían esas ceremonias: estando el difunto aún en su cama, llegaban los parientes y amigos a despedirse de él y a consolar a los deudos.

> Y luego los viejos y ancianos oficiales de tajar papeles, cortaban y aderezaban y ataban los papeles de su oficio, para el difunto, y después de haber hecho y aparejado los papeles tomaban al difunto y encogíanle las piernas, y vestíanle con los papeles, y lo ataban...
>
> (Sahagún, *op. cit.*)

Poníanle entre las mantas con que cubrían al difunto un jarrillo con agua, y toda una serie de papeles que le servirían de amuletos para

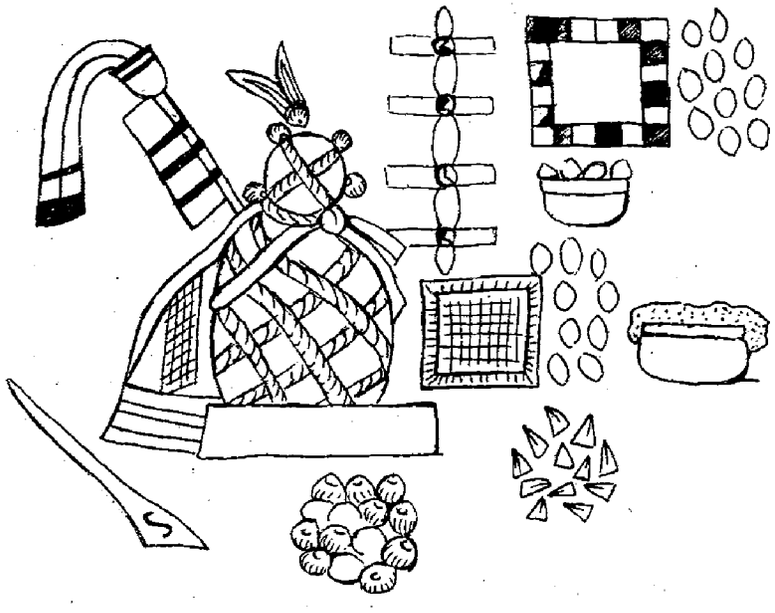
sortear las terribles pruebas que lo aguardaban; así, por ejemplo, colocaban un papel ante el difunto diciendo:

> Véis aquí con qué habéis de pasar a donde está la lagartija verde ó véis aquí con qué habéis de pasar ocho páramos...

Luego, para que no sufriera el frío del «viento de navajas», quemaban todas sus petacas, armas y vestidos si era hombre, y todos sus vestidos y aún «las alhajas con que tejían e hilaban» si era mujer. Sigamos el relato de Sahagún:

> Y más dicen que al tiempo que se morían los señores y nobles les metían en la boca una piedra verde que se dice chalchihuitl; y en la boca de la gente baja metían una piedra que no era tan preciosa, y de poco valor, que se dice texoxoctli, o piedra de navaja, porque dicen que la ponían por corazón del difunto.
>
> Y para los señores que se morían hacían muchas y diversas cosas de aparejos de papeles, que eran un pendón de cuatro brazas de largura, hecho de papeles y compuesto de diversos plumajes; y así también mataban veinte esclavos y otras veinte esclavas, porque decían que como en este mundo habían servido a su amo, asimismo han de servir en el infierno; y el día que quemaban al señor, luego mataban a los esclavos y esclavas con saetas, metiéndoselas por la olla de la garganta, y no los quemaban juntamente con el señor, sino en otra parte los enterraban.

Claro está que sólo acompañaban al señor figuritas de cerámica: guerreros, músicos, aguadores y mujeres que formaron su séquito en vida.



El «bulto del muerto» (Magliabechi, 57)

Una vez preparado convenientemente el «bulto del muerto», protegido con toda la serie de amuletos, más los valiosos regalos (perfumes, hilados de algodón, adornos de plumas) con que obsequiará a Mictlantecuhtli, el «Señor de los Infiernos», se sacrificaba el perro del difunto y se incineraban conjuntamente:

> Y esto hacían así en el enterramiento de los nobles como de la gente baja; y ponían los huesos dentro de un jarro en olla con una piedra verde que se llama chalchihuitl, y lo enterraban en una cámara en su casa, y cada día daban y ponían ofrendas en el lugar donde estaban enterrados los huesos del difunto.
>
> (Sahagún, *op. cit.*)

Estas ofrendas se prolongaban hasta los cuatro años, en que concluían las pruebas del alma en el Mictlan, y los parientes se sentían desligados de sus obligaciones para con el difunto; se repite aquí el coro de los que iban a la «Casa del Sol», ya que pasados cuatros años su suerte es incierta, porque no está muy claro en qué consiste ese «acabarse» o «perecer» de los difuntos; en todo caso ambos son eternidades bastante breves.

☆

Queda por tratar de establecer qué clase de vida se llevaba en el Mictlan o qué cualidades y características se le atribuían.

Para empezar, no es un lugar de castigo ni horrores, ni siquiera un mundo tenebroso, porque acota Sahagún:

> Dijeron los antiguos que cuando comienza la noche, comenzaba a amanecer en el infierno, y entonces despertaban y se levantaban de dormir los muertos que están en el infierno.

En otro paraje dice:

> ... y aquel lugar es para todos, y es muy ancho...

Las diferentes denominaciones que los textos otorgan al Mictlan pueden ayudarnos a precisar su concepto; se le llama:

Ximoayan: «lugar de los descarnados».

Tocenchan, tocenpopolihuiyan: «nuestra casa común», «nuestra común región de perderse».

Atlecalocan: «el lugar sin salida ni calle».

Huilohuayan: «el sitio adonde todos van».

Quenamican: «donde están los que de algún modo viven».

Resumiendo, el Mictlan sería un lugar muy amplio, puesto que es el sitio adonde todos van, la casa común, y del cual nadie puede esca-

par, porque no tiene ni salida ni calle; allí los hombres están descarnados, o sea, están libres de sus cuerpos, y tienen un «cierto modo» de vida, que al parecer los nahuas no llegaron a precisar.

4. El Chichihuacuauhco

Chichihuacuauhco es una voz compuesta por chichihua (nodriza) cuahuitl (árbol) y la desinencia de lugar co, de modo que el conjunto significa «en el árbol nodriza»; iban allí las almas de los niños que morían sin haber alcanzado el uso de razón; en ese lugar eran alimentados por el «árbol nodriza», que manaba leche.

Estas referencias se encuentran en el Códice Vaticano A. 3738 y en el comentario adjunto del padre Ríos.

En el Códice Florentino aparece una versión semejante:

> Se dice que los niñitos que mueren, como jades, turquesas, joyeles, no van a la espantosa y fría región de los muertos (al Mictlan). Van allá a la casa de Tonacatecuhtli; viven a la vera del «árbol de nuestra carne». Chupan las flores de nuestro sustento; viven junto al árbol de nuestra carne, junto a él están chupando.

Este texto ubica el Chichihuacuauhco en el cielo doble, morada de Ometecuhtli, donde también se engendran las almas de los hombres; esto ha hecho suponer a algunos estudiosos que los aztecas admitían una especie de reencarnación; así, dice Alfonso Caso:

> En el cielo más alto, que era el cielo doble, vivían Ometecuhtli y Omecihuatl, los dioses creadores, y allí era donde estaban las almas de los niños que mueren antes de tener uso de razón, y donde se engendran las almas de los hombres, que son alimentados con un árbol que destila leche. Esperan a que se destruya la presente humanidad en el cataclismo final, para reencarnarse en la humanidad nueva.

Según Caso, entonces, esas almas se reencarnarían, pero en el próximo «sol» o nueva etapa de la humanidad; por otra parte la poesía repite constantemente:

¡Sólo una vez venimos a la vida!

o bien:

No por segunda vez venimos a la tierra...

de modo que pareciera que esa idea de una posible reencarnación no logró afianzarse en el pensamiento náhuatl; predominaba, por el contrario, la convicción de que esta vida es una experiencia única.

Es una pena que Fray Bernardino de Sahagún, siempre tan minucioso, no haya dejado datos sobre este interesantísimo Chichihuacuauhco.

III. EL MUNDO DEL «MAS ALLA» EN LA POESIA

Expuesto así el conjunto de creencias nahuas respecto al posible destino después de la muerte, se presenta como un todo coherente, y aún satisfactorio si tuviera el soporte de una fe ardiente vivida; pero frente a todo esto, y en violento contraste, aparece un conjunto de poesías desgarradas, doloridas, expresión de tremendas dudas y de incertidumbre absoluta respecto al más allá; puede servir de magnífico ejemplo la poesía que Garibay titula «La tiránica ley de la muerte»:

Yo, yo ahora digo:
—Sólo por breve tiempo, cual flor de la magnolia,
hemos venido al mundo a abrir nuestra corola.
Hemos venido solamente a marchitarnos
¡Cese por un momento la amargura:
aún por un momento disipemos la pena!
¿Qué contaremos, oh amigos míos?
¿Con qué podemos tener deleite?
¡Nacen allá nuestros cantos
donde nació el atabal!
Sufro yo sobre la tierra
en donde ellos vivieron.
Se irá enlazando la amistad,
se irá enlazando la unión,
se ha de hacer el festín
al lado del atabal...
¿Pero habré de venir yo?
¿Habré de elevar un canto?
Yo, sólo yo estoy aquí y ellos están ausentes:
entre la niebla y el olvido habré de seguir durando.
Creamos al corazón: ¿Es nuestra casa la tierra?
¡Sólo en un lugar de angustia, sólo en un lugar de pena
viviendo estamos!
Yo no haré más que cantar, no haré más que preguntar:
¿Soy acaso como flor?
¿La sembraré una vez más?
¿Soy cual mata de maíz?
¿Habré de ser otra vez sembrado?
¿Mi padre, mi madre acaso, me habrán de engendrar
de nuevo?
Es la razón por que lloro:
Nadie queda con nosotros: nos han dejado huérfanos en la tierra.

¿Dónde está el camino para buscar el reino de la muerte?
¿Dónde el lugar en que habitan los que ya no tienen cuerpo?
¿Es que sigue habiendo vida en el lugar del misterio?
¿Es que aún tienen allá conciencia nuestros corazones?
¡En un arca, en un estuche esconde y amortaja a los hombres
aquel por quien todo vive!
¿Habré de verlos acaso? ¿Veré a mi padre y mi madre?
¿Habrán de venir a darme su canto y su palabra?
Nadie queda con nosotros: ¡Nos han dejado huérfanos
en la tierra!

(«La Literatura de los aztecas», p. 68)

☆

Uno de los interrogantes más dramáticos que se plantea en esta poesía, que bien pudiera calificarse de «quehacer metafísico», es si existe o no una vida después de la muerte, o si por el contrario todo termina aquí en la tierra:

POEMA 7

¡Oh Tú, dueño de cuanto nos rodea, oh Tú, el que está junto a todo!
Te damos homenaje; nada es desdichado junto a ti,
oh dador de la vida. Tú cual flores, nos estimas,
sólo nos marchitamos nosotros, tus amigos.
Tú los vas destrozando como las esmeraldas,
y también cual pinturas las vas borrando Tú:
Todos se van unidos al Reino de los Muertos,
allí, donde está el sitio de todos nos perdemos.
¿En qué nos valoras, oh Dios?
Así vivimos y así también morimos.
¿Adónde vamos a perdernos, nosotros, tus vasallos?
¿Dónde iremos al fin?
Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de la vida,
las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.
Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!

(En «Historia de la Literatura Náhuatl», de Garibay)

Este poema es especial para constatar hasta qué punto existe un choque, una quiebra, entre lo que sería la fe tradicional y las dudas que va planteando una mente inquisidora; hay por lo menos un triple juego de ideas antagónicas:

a) El respeto y acatamiento al dador de vida:

Te damos homenaje, nada es desdichado junto a ti...

Frente a la rebelión de quien se siente una cosa, en manos de un dios que se divierte con el hombre:

Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas!...

b) El contraste violento entre la seguridad de:

Todos se van unidos al Reino de los Muertos,
allí donde está el sitio de todos nos perdemos...

y las preguntas angustiosas:

¿Adónde vamos a perdernos, nosotros, tus vasallos?
¿Dónde iremos al fin?

c) Y por último la contradicción entre esa misma afirmación:

Todos se van unidos al Reino de los Muertos,
allí donde está el sitio de todos nos perdemos...

y la otra posibilidad, la de que el hombre concluye sobre la tierra, y no haya para él posibilidades de vida futura:

Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!

Puede afirmarse que este juego de proposiciones antagónicas es una constante en la poesía náhuatl.

☆

Ahora bien: el hecho de la existencia de una vida después de la muerte se da generalmente como cosa aceptada; lo que el nahua no sabe es dónde está ubicado ese «Reino de los Muertos» y qué clase de vida se lleva allí; comparando e interpretando varios poemas podremos formarnos una idea de todas estas dudas que aquejaban al nahua; todos figuran en la *Historia de la Literatura Náhuatl,* o bien en el tomo I de *Poesía Náhuatl,* de Garibay.

POEMA 8

No por segunda venimos a la tierra,
príncipes chichimecas.
Gocémonos y tráiganse las flores.
¡Al Reino de la Muerte!... Sólo estamos de paso:
¡de verdad, de verdad nos vamos!
¡Verdad es que nos vamos!

Verdad es que dejamos las flores y los cantos,
y la tierra... ¡Sí, de verdad, de verdad nos vamos!
¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos?
¿Estamos allá muertos o aún tenemos vida?
¿Hay un sitio en que dura la existencia?
¡En la tierra tan sólo
es el bello cantar, la flor hermosa:
es la riqueza nuestra, es nuestro adorno:
gocémonos con ella!

POEMA 9

¿Adónde iré?
¿Adónde iré?
El camino del Dios de la Dualidad.
¿Acaso es tu casa en el sitio
de los descarnados?
¿en el interior del cielo?
¿o solamente aquí en la tierra
es el sitio de los descarnados?

POEMA 10

Como si fueran flores,
los cantos son nuestro atavío,
oh, amigos:
con ellos venimos a vivir en la tierra.
Verdadero es nuestro canto,
verdaderas nuestras flores,
el hermoso canto.
Aunque sea jade,
aunque sea oro,
ancho plumaje de quetzal...
¡Que lo haga yo durar aquí junto al tambor!
¿Ha de desaparecer acaso
nuestra muerte en la tierra?
Yo soy cantor:
Que sea así.
Con cantos nos alegramos,
nos ataviamos con flores aquí.
¿Es verdad lo comprende nuestro corazón?
¡Eso hemos de dejarlo al irnos:
por eso lloro, me pongo triste!
Si es verdad que nadie
ha de agotar tu riqueza,
tus flores, oh Arbitro Sumo...
Debemos dejarlas al irnos:
¡por eso lloro, me pongo triste!
Con flores aquí
se entreteje la nobleza,
la amistad.

Gocemos con ellas
cosa universal suya es la tierra.
En el sitio de lo misterioso aún
¿habrá de ser así?
Ya no como aquí en la tierra:
las flores, los cantos
solamente aquí perduran.
Solamente aquí una vez
haya galas de uno a otro,
¿Quién es conocido así allá?
¿Aún de verdad hay allá vida?
¡Ya no hay allá tristeza,
allá no recuerdan nada, ... ay!
Es verdad nuestra casa:
¿también allá vivimos?

POEMA 11

¡Démonos gusto, amigos míos:
vengan aquí los abrazos!
En tierra florida andamos andando
y no hay quien pueda ponerle fin.
La flor y el canto se tienden
allá en la Casa del Sol.
Sólo por breve tiempo en la tierra vivimos:
No será así siempre: espera la región del Misterio...
¿Hay allí alegría? ¿Hay allí amistad?
¡Ah, no, que sólo en la tierra
venimos a conocernos!

Para poner coherencia en todo este riquísimo material, trataremos de establecer qué hechos se dan por ciertos, o sea, consignar por un lado las afirmaciones y por otro los interrogantes y puntos dudosos:

1. Afirmaciones

a) «Sólo por breve tiempo en la tierra vivimos», nuestra estancia aquí es efímera.

b) «Todos se van unidos al Reino de los Muertos», o mejor, «espera la Región del Misterio», ya que sus caracteres aparecen indeterminados.

c) «No por segunda (vez) venimos a la tierra», la vida es una experiencia única.

d) La Región de los Muertos es también «el lugar de los descarnados», de modo que allí los hombres están libres de su cuerpo.

e) «Ya no hay allá tristeza, allá no recuerdan nada»...

2. INTERROGANTES

a) «¿Es nuestra casa la tierra?»

b) «¿Adónde vamos?» «¿Adónde vamos a perdernos, nosotros, tus vasallos?» «¿Adónde iremos al fin?»

c) «¿Habré de ser otra vez sembrado?»

d) «¿Dónde está el camino para buscar el Reino de la Muerte?» «¿Dónde el lugar en que habitan los que ya no tienen cuerpo?»

e) «¿Cómo es allí la vida?» Esta pregunta aparece en los poemas con variados enunciados y matices; por ejemplo:

¿Es que sigue habiendo vida en el lugar del misterio?
¿Es que aún tienen allá conciencia nuestros corazones?
¿Hay allí alegría? ¿Hay allí amistad?
¿Quién es conocido así (como en la tierra) allá?

Los tres primeros interrogantes tienen su respuesta en las tres primeras afirmaciones, de modo que para los nahuas parece evidente que la tierra no es la morada definitiva del hombre, y nos es dado vivir en ella una sola vez, y todos vamos a «nuestra casa común», la «Región del Misterio»; por el contrario, ya la cuarta pregunta no encuentra una respuesta aceptada por todos; ese «Sitio de los Descarnados» podría situarse:

en la tierra misma
en el interior del cielo
en la Casa del Dios de la Dualidad

(Poema 9.)

De modo que el pensamiento nahua no llega a resolver dónde se halla, en realidad, el «Reino de los Muertos»: si en la misma tierra, en algún lugar del cielo, o en la parte más alta de esto, el cielo doble, morada del Dios Dual.

Respecto al quinto interrogante: *e)* «¿Cómo es allí la vida?», el nahua sólo se responde: es un tipo de vida diferente:

En el sitio de lo misterioso aún
¿habrá de ser así?
Ya no como aquí en la tierra...

(Poema 10.)

Además la insistencia en llamar al «Reino de los Muertos», «Lugar de los Descarnados», o «Descarnaderos» (afirmación *d)*, nos lleva a suponer que una de las características principales que se le asignaban era la de que allí los hombres quedaban libres de sus cuerpos; algu-

nos poemas parecen pintarlo como un lugar de beatitud, donde el alma se despoja de pasiones y afectos:

¡Ya no hay allá tristeza,
allá no recuerdan nada... ay!

(Poema 10.)

Conmovedoramente (poema 6), el nahua se pregunta también si volverá a encontrarse con sus seres queridos:

¿Veré a mi padre y a mi madre?

En el fondo se pregunta si podrá reanudar un tipo de existencia similar a la terrestre, con las amistades y afectos de siempre, y hasta con «las flores y los cantos» que son la delicia del hombre en este mundo, y su único goce verdadero; todos estos interrogantes quedan sin respuesta.

IV. CONCLUSIONES

Todo lo expuesto es suficiente para juzgar el tremendo divorcio entre la fe y la duda, o si se quiere entre la «religión oficial» y uno de los interrogantes vitales para el hombre; para concluir, puede intentarse una explicación, centrada en dos puntos principales: 1) la mentalidad de la clase que produjo y gustó esa poesía; 2) una efectiva crisis de fe.

☆

1) Es evidente que la poesía analizada es «de» príncipes y «para» príncipes, producto de una clase social muy característica, que se sabe dirigente, y eso la torna desdeñosa para el resto de la comunidad; además es una clase que carece de preocupaciones materiales, y se ha educado en el Calmécac, la escuela de los jóvenes nobles; allí se les ha desarrollado una mentalidad más aguda e inquisitiva, y la aplica a sobrepasar la caparazón de supuestos dogmáticos e intentar una visión más racional del hombre y del mundo.

Es una clase ociosa, culta, refinada, acostumbrada a los placeres de la vida, y todo eso la lleva, inevitablemente, a un cierto escepticismo; el fenómeno es casi una constante histórica: se ha dado en muchos pueblos y en diferentes épocas en circunstancias similares; por eso

proclama en la poesía una y otra vez que su único consuelo es «la flor y el canto»:

Sólo con nuestras flores démonos placer;
sólo con nosotros vaya desapareciendo
nuestra tristeza, príncipes:
con ellos huya nuestro hastío.

De modo que sería absurdo suponer que el pueblo azteca como tal habrá caído en el escepticismo y el hastío, y mucho menos que se planteaba los candentes interrogantes que la poesía refleja; el pueblo en general conservaba su fe, la fe simple que le es propia; además, para él la vida era dura y no tenía tiempo para hacer metafísica; por otra parte la moderna sociología ha probado convenientemente qué diferente es la reacción de las clases sociales frente al problema religioso, y éste podría ser un excelente ejemplo. (JOACHIM WACH: *Sociología de la religión.)*

2) En realidad, el tipo de poesía analizada no puede explicarse sólo como producto de una clase culta, refinada y ociosa; lo que hay en el fondo de una verdadera crisis de fe

Veamos la opinión del tezcocano Juan Bautista de Pomar, que aparece en su *Relación,* de 1582:

> Lo que sentían algunos principales y señores de sus ídolos y dioses es que, sin embargo de que los adoraban y hacían los sacrificios que se han dicho, todavía dudaran de que realmente fuesen dioses, sino que era engaño creer que unos bultos de palo y de piedra, hechos por manos de hombre, fuesen dioses. Especialmente Nezahualcoyotzin, que es el que más vaciló buscando de dónde tener lumbre para certificarse del verdadero Dios y creador de todas las cosas. Y como Dios, por su secreto juicio, no fuese servido de alumbrarle, tornaba a lo que sus padres adoraron.
>
> ... De manera que cerca de lo que toca a sus dioses, entendían algunos el engaño en que vivían, y de esto se sigue haber también alcanzado a saber de la inmortalidad del alma.

Pomar tomó los datos de su *Relación* de «la gente de más razón y entendimiento, que son los nobles»; menciona incluso a Tlalcóyotl, que fuera nada menos que embajador del famoso Mezahualcóyotl, y que era «hombre de mucho ser y habilidad, y por esto y por la canlidad de su oficio, muy tenido y estimado entre los indios: Del cual supe muchos secretos y antigüedades».

Posiblemente, según lo deja adivinar Pomar, uno de esos «secretos» era la quiebra de la fe tradicional; esa quiebra llega a ser tan profunda, que incluso pone en duda a la propia divinidad, «aquel por quien todos viven».

POEMA 12

¿Eres tú, eres tú verdadero?
Alguno ha llegado a desvariar,
oh por quien todo vive.
¿Es verdadero? ¿No es verdadero?
De este modo dicen:
¡Que no ahora se angustien
nuestros corazones!
Cuanto es verdadero,
dicen que no es verdadero...
Sólo se muestra desdeñoso
aquel por quien todos viven.
¡Que no ahora se angustien
nuestros corazones!

Por más que califica su «desvarío» el dudar de la divinidad, lo cierto es que algunos lo hacen.

Hay otro punto en que se manifiesta la crisis, y es una especie de rebelión frente a ese fatalismo que hace de todo acontecer humano la voluntad de los dioses, de modo que el hombre es sólo un juguete, un objeto de diversión; lo expresa el poema 7:

... oh dador de la vida, Tú, cual flores, nos estimas,
sólo nos marchitamos nosotros, tus amigos.
Tú los vas destrozando como las esmeraldas,
y también cual pinturas los vas borrando Tú.

. . .

¡Tú te estás mofando: nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí

Sahagún ha recogido otro poema más gráfico todavía:

POEMA 13

Nuestro señor, el dueño del cerca y del junto,
piensa lo que quiere, determina, se divierte.
Como él quisiera, así querrá.
En el centro de la palma de su mano nos tiene colocados,
nos está moviendo a su antojo,
nos estamos moviendo, como canicas estamos dando vuelta,
sin rumbo nos remece.
Le somos objeto de diversión: de nosotros se ríe.

El sentirse como un juguete, movido sin concierto de un lado para otro, no concuerda, ciertamente, con el sentido de dignidad humana,

y mucho menos con la misión honrosa que se atribuían los aztecas: colaborar con los dioses en el mantenimiento del cosmos.

Además, apunta aquí uno de los problemas filosóficos más dramáticos para el hombre: el problema de la libertad, que podría ser motivo para otro trabajo, incluso aprovechando el mismo material poético.

Por último, alienta siempre en el hombre un ansia de perduración, una «Sed de inmortalidad», como Garibay titula a este poema (*La literatura de los aztecas,* p. 61), atribuida a Mezahualcóyotl:

POEMA 14

Me siento fuera de sentido,
lloro, me aflijo y pienso,
digo y recuerdo:
Oh, si nunca yo muriera,
si nunca desapareciera...
¡Vaya yo donde no hay muerte,
donde se alcanza victoria!
Oh, si nunca yo muriera,
si nunca desapareciera...

Frente a este deseo, tan humano, la religión azteca no puede ofrecer una eternidad feliz, sino, cuanto mucho, cuatro años en el séquito del sol, y después, transformarse en «pájaro de pluma rica y color» o perderse definitivamente en las tinieblas; no parece un panorama muy consolador.

La combinación de toda esta serie de dudas, rebeliones y desesperanza produjo la crisis de la fe que se hizo patente a la llegada de los españoles.

☆

No pensemos, sin embargo, que la poesía fue sólo vehículo de frustración y temores:

POEMA 15

Verdaderamente allá es el lugar donde se vive.
Me engaño si digo: tal vez todo
está terminado en esta tierra
y aquí acaban nuestras vidas.
No, antes bien, Dueño del Universo,
que allá con los que habitan en tu casa
te entone yo cantos dentro del cielo.
Mi corazón se alza,
allá la vista fijo,
junto a ti y a tu lado, Dador de la vida!

Para terminar, hemos querido dar esta poesía alegre, esperanzada, de alguien que desecha sus dudas y confiadamente alza su corazón y fija sus ojos en el «Dador de la Vida», «Dueño del Universo».

ALICIA LAHORCADE
Quintana, 96
CHASCOMUS (provincia de Buenos Aires)

V. BIBLIOGRAFIA

WACH JOACHIM: *Sociología de las religiones.* Méjico, 1946.
ALVAREZ DE MIRANDA, ARGEL: *Obras.* Madrid, 1959.
SAHAGÚN, BERNARDINO DE: *Historia general de las cosas de la Nueva España.* Méjico, 1956.
SÉJOURNÉ, LAURETTE: *El universo de Quetzalcóatl.* Méjico, 1962.
— *Pensamiento y religión en el México Antiguo.* Méjico (F. C. E.).
CASO, ALFONSO: *El Pueblo del Sol.* Méjico, 1953 (F. C. E.).
VAILLANT, JORGE: *La civilización azteca.* Méjico, 1944 (F. C. E.).
SOUSTELLE, JACQUES: *La vie quotidienne des aztèques.* Francia, 1955.
GARIBAY, ANGEL M.: *La literatura de los aztecas.* Méjico, 1964.
— *Historia de la literatura náhuatl.* Méjico, 1954.
— *Poesía náhuatl.* Méjico, 1964, tomo I.
LEÓN-PORTILLA, MIGUEL: *La filosofía náhuatl.* Méjico, 1959.
ALCINA FRANCH, JOSÉ: *Floresta literaria de la América indígena.* Madrid, 1957.
WESTHEIN, PAUL: *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México.* Méjico, 1957.
— *Arte antiguo de México.* Méjico, 1950.